

textos

libros

No temáis a la muerte, (*Jean Baudrillard*)

Madrid, 6 de marzo de 2007.

Sencillamente, crecimos con él. Quiero decir que, al menos en los últimos veinte años, las diatribas de Baudrillard resonaban siempre en nuestras cabezas, incluso cuando todavía no le escuchábamos. Habitado a pensar sin red, nos ayudó a liberarnos de los ideales cosificados que empezaban a ahogarnos y hacían difícil que la época cambiase. El poder y el deseo, la violencia de la obscenidad informativa, la trampa mortal de la liberación sexual, el terror que nos inspiran los otros, la comedia del arte, la magia de lo mudo, la importancia política de lo incomunicable y de los tiempos muertos. No hubo una sola cuestión crucial de finales del pasado siglo que no fuera trastocada por el coraje de este moralista que, cercano a Pascal, pensaba que la ética comienza por fustigar el dictamen de la moral triunfante.

Liberado él mismo del marxismo, del situacionismo y la semiología con los que estuvo comprometido, fue desgranando a lo largo de vertiginosos libros la ruptura con la superestructura ideológica emanada de Mayo del 68, ese *best seller* cultural que tantos favores le ha hecho a la "flexibilidad cadavérica" de nuestro turbocapitalismo. Con un estilo agresivo, desenfadado y triste, nos introdujo en nuevos modos de pensar que no siempre fueron comprendidos. Entre otras cosas, que se atreviera a discutir de frente al intocable Foucault, es algo que no le valió muchas simpatías entre la izquierda canónica y la filosofía oficial, siempre celosas de sus respectivas competencias.

¿Provocador? Buscando solamente el eje de intolerancia de este orgulloso orbe plural, decía lo que pensaba, mientras se asombraba de que ir contra corriente constituyese hoy materia de escándalo. A la manera de Pasolini, sentía una fascinación instintiva por la masa bárbara de los pueblos sin ilustrar, toda esa parda cohorte que nos rodea en las afueras. Tal indisimulable simpatía por los otros, le llevó a escribir sobre el terrorismo uno de los textos más polémicos que se recuerdan.

Sostuvo una incansable revuelta metafísica contra la ideología del capitalismo terciario. Con una filosofía que estaba poseída por una sola y obsesiva idea de cuño nietzscheano, se dedicó a pensar el ser del objeto, la aparición espectral de algo que, al menos por un momento, suspenda este narcisismo asfixiante del sujeto postmoderno. A partir de una complicidad con la "parte maldita" de este mundo se carcajeó de nuestra manía actual por la revisión del pasado, la corrección política, la identificación y el reconocimiento social, toda esta socialización a ultranza que nos ha hecho tan patéticos.

Después de todo, ya lo ven, muy cercano a esos dos gigantes del siglo XX que son Foucault y Deleuze, con quien aparentemente había tomado distancias. Tal vez les separaba de ellos una cuestión meramente circunstancial, la necesidad desesperada de criticar la alianza

global de economía capitalista y cultura de izquierdas, este perverso poder que nos sujeta de manera sonriente, múltiple, circulatoria. Bajo el oropel del consumo postmoderno, Baudrillard se atrevió a ver la vieja aversión a la existencia que ha constituido a Occidente, la misma que le ha granjeado tanto odio en el resto del planeta.

Finalmente se fue. Como a pocos, le pasará lo que a esos personajes que han hablado tanto de la muerte que, después de muertos, no dejan de revivir en nuestras cabezas.